

1

Ella está apoyada en la barra, está sola y bebe un zumo de frutas. En el suelo, junto a las piernas, tiene un bolso de cuero negro y no sé por qué motivo me siento atraído justamente por ese detalle.

Me mira con una insistencia molesta. Pero cuando nuestras miradas se cruzan, desvía la suya. Pasan pocos segundos y me mira de nuevo. Esto se repite varias veces. No la conozco y, al principio, me pregunto si en realidad me está mirando a mí. Hasta siento el impulso de controlar si hay alguien a mis espaldas, pero me contengo. Detrás de mi mesa sólo está la pared y lo sé bien porque me siento allí casi cada día.

Ahora ha terminado de beber. Apoya el vaso vacío en la barra, coge el bolso y se acerca. Tiene cabellos cortos, oscuros, y las maneras decididas pero no del todo espontáneas de quien ha estado luchando mucho tiempo contra su timidez.

Está ante mi mesa. Durante algunos segundos se queda sin decir nada, mientras yo busco una expresión adecuada. Sin lograrlo, creo.

—No me reconoces.

No es una pregunta y tiene razón: no la reconozco. No la conozco.

Entonces dice un nombre, algo más y después, tras una breve pausa, pregunta si puede sentarse. Contesto que sí. O tal vez hago un movimiento de cabeza o un gesto con la mano señalando la silla. No sé.

10 • GIANRICO CAROFIGLIO

Durante un tiempo indefinido no digo nada. Y además, hablar no es fácil. Hasta hacía algunos minutos yo estaba allí desayunando, como cada mañana, preparándome para un día como cualquier otro, cuando de pronto fui engullido por un torbellino y me encontré en otra parte.

En un lugar misterioso y extraño.

Lejos.

2

Éramos cuatro en la mesa. Un tipo flaco y triste, aparejador. Después Francesco, yo y el dueño de casa. Se llamaba Nicolás, tenía alrededor de treinta años, era gordo, fumaba mucho y respiraba mal. Su nariz obstruida producía un ruido rítmico y fastidioso.

A él le tocaba mezclar y dar las cartas. Todavía repetía el truco de hacerlas sonar, divididas en dos mazos que tenía entre el pulgar y el índice, pero estaba cansado. Y nervioso. Media hora antes estaba ganando casi un millón, pero en tres o cuatro vueltas se había pulido casi toda la ganancia. Francesco ganaba, yo estaba más o menos igualado, el aparejador perdía mucho. Estábamos comenzando la penúltima vuelta de teresina, esa variante del póquer descubierto.

—Corta —dijo el gordo después de hacerlo él. Lo dijo con el mismo aire que había utilizado toda la noche. Como un profesional, pensaba él. Un buen modo para conocer a los tontos en la mesa de póquer y ver si tienen ese toque profesional.

Dio la primera carta cubierta y la segunda descubierta. Con un gesto de profesional.

Diez al aparejador, una dama a Francesco, un rey para mí. A él le tocó un as.

—Cien —dijo de inmediato, lanzando al centro de la mesa una ficha ovalada color azul eléctrico. Enseguida se humedeció el labio superior con la punta de la lengua. Jugamos todos. El aparejador encendió un cigarrillo mientras el gordo daba cartas de nuevo.

Ocho, otra dama, ocho, siete.

—Doscientos —dijo Francesco. El gordo lo miró por un instante con un relámpago de odio y después puso él también los doscientos mil en el pozo. El agrimensor salió. Había perdido durante toda la noche y sólo quería que llegara la hora de otra vuelta. Yo jugué.

Diez, rey, diez. Me tocaba a mí y dije doscientos. Los otros jugaron y llegó la última carta. Ocho a Francesco, nueve para mí, otro nueve para el gordo.

Hablé yo, que aposté la mínima, y el gordo enseguida dijo «pozo». ¿Había hecho escalera, con tres ochos fuera? Lo miré a la cara y vi sus labios apretados, resecos. Mientras tanto Francesco cerró las cartas, dijo que no jugaba y se incorporó ligeramente como para estirar las piernas.

Eso significaba que yo podía estar tranquilo si tenía más de un par porque el gordo no tenía escalera. No podía tenerla porque el cuarto ocho era la carta tapada de Francesco. Entonces pedí tiempo. Para pensar, dije, pero en realidad sólo quería saborear la sensación de ebriedad que se vive cuando se hacen trampas en el juego y se está seguro de ganar.

—No tengo más remedio que mirar —dije un minuto después con el tono resignado de quien intuye que va a perder la mano y, encima, ha sido engatusado por un jugador más astuto y más afortunado. El gordo tenía dos ases y yo, en cambio, tres reyes. Así que gané un pozo de casi tres millones, más del sueldo mensual de mi padre por entonces.

En aquel punto el gordinflón estaba verdaderamente fuera de sí. Era obvio que le fastidiaba perder. Pero más le enfurecía perder con un imbécil. Como yo.

El aparejador ganó la mano siguiente, pero en el pozo había sólo monedas. Después le tocó a Francesco dar cartas. Mezcló como de costumbre, de manera común, hizo cortar y distribuyó.

Primero la carta cubierta y después la descubierta. Una dama para mí, un rey al gordinflón, siete al agrimensor, as para él.

—Doscientos. En esta mano me desquito.

El gordo lo miró con asco. Aficionado miserable, decía su mirada. Puso los doscientos y después también jugué yo. El aparejador, no.

Las cartas dieron otra vuelta mientras yo me esforzaba en no mirar las manos de Francesco, aunque sabía que de todos modos no habría visto nada extraño. Ni yo ni los demás. Otra dama para mí, otro rey al gordo, otro as para él.

—Si queréis jugar con estos ases tenéis que pagar. Trescientos.

El gordo pagó sin decir nada, con la misma mirada de antes. Yo me quedé pensando un poco, toqué las fichas que tenía delante y después puse el dinero, con aire de estar poco convencido.

Cuarta carta. Diez para mí, jota al gordo, siete para Francesco.

—Otra vez trescientos.

—Veo —dije yo.

—Hasta quinientos —dijo el gordo con su tono de profesional, humedeciéndose el labio superior, mientras se esforzaba por controlar su entusiasmo. Su carta cubierta era una jota y pensaba que ésa sería su mano. Tanto Francesco como yo jugamos. Yo tenía el aire de quien se lo está haciendo encima y piensa que el juego empieza a ponerse demasiado serio para él.

Última carta. Otro diez para mí, otra jota para el gordo, dama para Francesco, que hizo un gesto de rabia cruzando sus cartas. Era obvio que no podía jugar y que, por lo que parecía, había tirado un millón neto. Murmuró algo por el estilo pero el gordo lo ignoró. Tenía un full de jotas y reyes y ya estaba disfrutando de su triunfo sin preocuparse por los aficionados con los que había terminado por jugar. Dijo «pozo» y prendió un cigarrillo. Tenía la esperanza de que mi carta cubierta fuera otro diez. En ese caso, al tener también un full, yo jugaría y él me haría pedazos. Que de-

bajo pudiese tener la cuarta dama del mazo era evidentemente una hipótesis que ni siquiera tomaba en consideración.

Fui a ver y, justamente, debajo tenía la última dama. De ese modo, mi full triunfaba sobre el suyo y él abandonó el tono profesional para preguntar cómo era posible que alguien tuviera semejante potra.

Firmamos en la hoja de las deudas, donde el gordo ya estaba en bancarota, y seguimos jugando durante unos cuarenta minutos más sin que ocurriese nada en particular. El aparejador recuperó algo y el profesional perdió aún varios centenares de miles.

Al final de la partida yo era el único que ganaba. Francesco me dio casi cuatrocientas mil liras, el aparejador firmó un cheque por algo más de un millón. El gordo escribió en su chequera ocho millones doscientos mil.

Los tres nos fuimos y, en la puerta, le aseguré que estaba a su disposición para la revancha. Lo dije con la sonrisa contenida del inexperto que se ha embolsado un montón de dinero y quiere comportarse como es debido. El gordo me miró sin decir nada. Tenía una ferretería y estoy seguro de que en aquel momento habría querido romperme la cabeza con una llave inglesa.

Ya en la calle, nos saludamos y cada uno se fue por su lado.

Un cuarto de hora después Francesco y yo nos encontrábamos ante el quiosco cerrado de la estación. Le devolví sus cuatrocientas mil y fuimos a tomar un capuchino en un bar de pescadores.

—¿Oíste el ruido que hacía el gordo?

—¿Qué ruido?

—La nariz, era insoportable. Joder, ¿te imaginas dormir en el mismo cuarto con él? Debe roncar como un cerdo.

—Justamente la mujer lo dejó a los seis meses de casados.

—¿Qué hacemos si vuelve a llamarte?

—Volvemos, le dejamos ganar doscientas o trescientas mil liras y después adiós. Deuda de honor pagada y vete a la mierda.

Terminamos nuestros capuchinos, salimos y, frente a las barcas, prendimos los cigarrillos mientras el cielo se despejaba. Dentro de poco iríamos a dormir y algunas horas después cobraríamos los dos cheques en el banco. Luego dividiríamos la ganancia.

El día anterior Giulia y yo nos habíamos peleado y ella me había dicho que así no podíamos continuar, que tal vez era mejor separarnos.

Quería provocar una reacción. Quería que yo dijera que no, que no era cierto; que tal vez era sólo una crisis pasajera que debíamos superar juntos, y etcétera, etcétera.

En cambio, respondí que tal vez tuviera razón. Mi expresión era de cierto disgusto, pero nada más. Era una cara de circunstancias. Lamentaba que ella estuviese triste, tenía una leve sensación de culpa pero sólo quería que esa conversación terminara para poder irme. Ella me miraba sin comprender. Yo la miraba y ya estaba en otra parte.

Hacía tiempo que estaba en otra parte.

Ella comenzó a llorar en silencio. Dije algo sin importancia para paliar la incomodidad y el peso de aquel dolor ajeno.

Cuando por fin subió a la bicicleta y se fue, experimenté sólo una sensación de alivio.

Tenía veintidós años y, hasta hacía pocos meses, en mi vida no había ocurrido casi nada.

3

Hay una canción de Eugenio Finardi que habla de un tipo llamado Sansón. Jugaba a la pelota como un dios, tenía los ojos verdes y la piel oscura. El rostro de alguien que nunca tuvo miedo.

La descripción de Francesco Carducci.

Era famoso como futbolista —siempre el as de los goleadores en el campeonato universitario— y era el ídolo de las chicas. Y también, según se decía, de alguna mamá aburrida. Tenía dos años más que yo y seguía Filosofía sin estar matriculado. Nunca supe cuántos exámenes le faltaban ni si había elegido una tesis y cosas por el estilo.

Hay muchas cosas de él que nunca he sabido.

Nuestra relación había sido superficial hasta una noche de las vacaciones de la Navidad de 1988. Algún grupo de amigos comunes, algún partido de fútbol, un saludo al pasar en los encuentros casuales por la calle.

Hasta aquella noche, en las vacaciones de Navidad de 1988, apenas nos habíamos cruzado.

Se había organizado una especie de fiesta en casa de una chica, hija de un notario. Alessandra. Los padres se encontraban en la montaña y la casa, grande y lujosa, estaba disponible. Bebíamos, conversábamos, en un rincón alguno se liaba un porro. Sobre todo jugábamos a las cartas. Para muchos, las fiestas de Navidad significan una serie interminable de partidas de cartas.

En el salón grande había una mesa de bacará, mientras que en el cuarto de estar se jugaba al *chemin de fer*. En las otras habita-

ciones la gente bebía y fumaba. Todo muy similar a tantas otras situaciones por el estilo. Tranquilo.

Luego el mundo, al menos el mío, sufrió una aceleración imprevista. Como las naves espaciales de los dibujos animados o de las películas de ciencia ficción, que parten con una especie de salto y aceleran hasta desaparecer entre las estrellas.

Había perdido algún dinero al bacará y luego fui a la habitación donde jugaban al *chemin de fer*. Francesco estaba jugando en aquella mesa. Hubiera querido sentarme pero no tenía dinero suficiente. Había chavales menores que yo que acudían a aquellas veladas con fajos de billetes enrollados y talonarios de cheques. Yo recibía trescientas mil liras por mes de mis padres y ganaba un poco más dando clases particulares de latín. Me atraía la idea de jugar fuerte —y ganar, por supuesto—, pero no podía permitírmelo. O no tenía agallas para hacerlo. O probablemente las dos cosas. Por eso, a menudo, me conformaba con mirar.

En la casa había por lo menos unas sesenta personas, cada tanto sonaba el timbre y llegaban otras, solas o merodeando en grupos. A veces eran desconocidos hasta para la dueña de la casa. Aquella clase de fiestas funcionaba así, de boca en boca. Incluso, una de las diversiones nocturnas durante las vacaciones de Navidad era justamente pasar de una fiesta a otra, infiltrarse en casa de desconocidos, comer, beber y marcharse sin saludar. Ésta era la costumbre y por lo general no había problemas. Yo mismo lo había hecho muchas veces.

De modo que, aquella noche, nadie prestó atención a los tres tipos que recorrían la casa con sus abrigos puestos. Uno de ellos entró donde se jugaba al *chemin de fer*. Era más bien bajo, corpulento, con el cabello muy corto, la expresión tonta. Y malvada.

Nos dio una ojeada rápida a mí y a los otros que estaban de pie y no jugaban. Ninguno de nosotros le interesaba y se acercó a la mesa para mirar la cara de los jugadores. Vio enseguida al que

buscaba, salió velozmente de la habitación y antes de un minuto regresó con los otros dos.

Uno de ellos parecía una especie de copia del primero, pero en grande. Era más bien alto, corpulento, también con el cabello cortísimo. No era tranquilizador. El tercero era alto, delgado, rubio, más bien guapo pero con algo enfermizo en los rasgos o en la expresión. Fue él quien habló, por así decirlo.

—¡Pedazo de mierda!

Todos nos volvimos. También Francesco, que estaba de espaldas a la puerta y se dio cuenta de la presencia de los tres sólo en aquel momento. Los miramos unos segundos intentando adivinar qué querían. Luego Francesco se levantó y, en tono tranquilo, se dirigió al rubio.

—No hagáis ninguna estupidez aquí dentro. Hay un montón de gente.

—¡Pedazo de mierda! Sal con nosotros o lo rompemos todo.

—Está bien. Déjame buscar el abrigo y voy.

Todos estaban inmóviles, paralizados por el estupor y el miedo. Los de la habitación y otros que se asomaban desde el pasillo, detrás de los tres hombres. Yo también estaba inmóvil y pensaba que en ese momento saldrían de la casa y masacrarían a Francesco. Incluso antes, en las escaleras. Me sentía humillado. Recuerdo que, en una fracción de segundo, pensé que uno debía de sentirse así cuando estaban a punto de violarlo.

Francesco se había acercado a un sofá donde estaban los abrigos y me escuché decir, como si fuera otro:

—¡Eh!, ¿se puede saber qué coño queréis?

No sé por qué dije eso. Francesco no era amigo mío y, por lo que sabía de él, era muy posible que hubiera hecho algo que justificara lo que iba a ocurrirle. Tal vez aquella sensación de humillación era en verdad insoportable. O quizás había algún otro motivo. Con los años lo fui nombrando de diversas maneras. Destino fue una de ellas.

Todos se volvieron hacia mí y el bajo con cara de necio se me acercó. Se me acercó mucho, estirando el cuello y tendiendo el rostro hacia el mío. Se acercó *demasiado*. Percibí el olor a chicle de menta de su aliento.

—Ocúpate de tus asuntos, cara de mierda, o te rompemos el culo también a ti.

Impecable, sin duda.

Así como había hablado, me moví. En cierto sentido no era yo. Bajé la cabeza con fuerza, como para aplastar una pelota en la red, y le rompí la nariz.

Acto seguido comenzó a sangrar y parecía tan aturdido que ni siquiera alcanzó a esbozar un gesto de reacción cuando ya le daba un rodillazo en las pelotas.

De lo que ocurrió luego recuerdo sólo fotogramas y algunos fragmentos en cámara lenta. Francesco que golpea al más grande con una silla. Cartas que vuelan por la habitación. Alguno que llega del pasillo y se lanza a la pelea.

Lo raro es que lo recuerdo todo sin sonido, como una película muda y surrealista. Entre otras cosas, hay una lámpara que cae de una mesita y se rompe. Sin ruido.

Echamos fuera a los tres, y entonces reinó en la casa una extraña sensación de incomodidad. Algunos sabían o imaginaban el porqué de aquella expedición punitiva con un final tan poco feliz. Es decir, sabían o imaginaban qué podía haber hecho Francesco.

Lo que en cambio no sabían y no entendían era qué tenía que ver yo. Y sobre todo cómo había sido capaz de hacer semejante cosa. Hablaban en grupos y, cuando me acercaba, bajaban la voz o dejaban de hablar. Yo andaba molesto por las habitaciones. Sólo quería dejar pasar un poco de tiempo para adoptar un aire de indiferencia y luego marcharme.

Ni siquiera yo conseguía comprender lo que había hecho y por qué. Le rompí la nariz, pensaba. Coño, le rompí la na-

riz. En parte estaba sorprendido por la violencia de que había sido capaz, y en parte sentía una satisfacción vergonzosa y extraña.

La gente comenzó a dispersarse en silencio. El juego, obviamente, no recomenzó. Pensé que yo también podía irme, dado que, además, había llegado solo.

Me puse el abrigo y busqué a la anfitriona para saludarla.

¿Qué le digo?, pensaba. Gracias por la espléndida velada; sobre todo disfruté del fuera de programa con el que pude desahogar con verdadera satisfacción mi instinto bestial. Pero tal vez no iba a resultarle gracioso.

—¿Nos vamos juntos? —Francesco estaba a mis espaldas, también él con el abrigo puesto. En sus labios se dibujaba una ligera sonrisa irónica, y algo parecido a la admiración en los ojos.

Asentí con la cabeza. Sencillamente. A esas alturas parecía natural, aunque apenas nos conocíamos.

A lo mejor me explica en qué me he metido, pensé.

Fuimos juntos a despedirnos de Alessandra, que nos miró con aire extraño. Creo que su mirada decía muchas cosas. No sabía que fuerais amigos. Sí sabía que tú, Francesco, traerías problemas —lo saben todos—, pero no imaginaba que tú, Giorgio, fueses de la misma calaña y, encima, así de bruto. Por Dios, está todo sucio de sangre. La sangre de aquel al que rompiste la nariz con ese cabezazo de delincuente.

Sus ojos decían, sobre todo: fuera de aquí y no aparezcáis por esta casa hasta el próximo milenio.

Nos fuimos juntos. Al llegar a la calle miramos alrededor con precaución. Por si acaso los tres eran especialmente tenaces y vengativos y todavía estaban en condiciones de molestarnos después de los golpes que habían recibido.

—Gracias. Hay que tener un par de cojones para hacer lo que hiciste.

No dije nada. No porque quisiera darme aires de duro. En realidad no sabía qué decir. Entonces él continuó mientras empezábamos a caminar.

—¿Ibas a pie?

—Sí, vivo cerca.

—Yo tengo coche. Podemos dar una vuelta, tomamos algo y te explico. Creo que te lo debo.

—Está bien.

Tenía un viejo Citroën DS de color crema con el techo burdeos.

—A ver, ¿qué te ha parecido? ¿Qué crees que querían esos capullos?

—No lo sé. Está claro que el que estaba interesado en ti era el rubio. Los otros dos eran gorilas. ¿Mujeres?

—Mmm. Sí. El rubio no sabe perder. Pero nunca habría esperado que hiciera semejante gilipollez. —Hizo una pausa, como si hubiera tenido un pensamiento inquietante. Luego volvió a hablar.

—¿Te molesta si vamos a un lugar, por media hora?

—No. ¿Dónde?

—Estoy pensando que es mejor prevenir alguna otra payasada. Quiero hablar con un amigo. Allí donde vamos también podemos tomar algo si no tienes problemas de horario.

Asentí con la cabeza. Como quien tiene bien clara la situación y está cómodo.

En realidad no entendía bien de qué estaba hablando. Pero tenía una vaga intuición; de una manera difusa percibía que aquella noche estaba a punto de cruzar un umbral. O tal vez ya lo había cruzado.

Respiré hondo, me acomodé en el asiento del DS que se deslizaba silencioso por las calles desiertas, entrecerré los ojos y pensé que, joder, no me importaba. Quería ir.

Adondequiera que estuviésemos yendo. Estaba listo.